

Histórico amanecer de Viernes Santo para la ciudad de Cuenca

Funcionó el plan de seguridad y la procesión fue brillante, aunque con su peso inevitable de polémica



Miles de turbos recibieron a Nuestro Padre Jesús Nazareno en la Plaza Mayor.

JAVIER SEMPRÚN

FOTOS: SAÚL GARCÍA

ErEran las dos de la mañana del Viernes Santo de 2004 cuando unas gotas de lluvia parecían llevar a la ciudad, a la Semana Santa de Cuenca, al peor de los escenarios posibles: el de la incertidumbre meteorológica. Sin embargo, la nube pasó y un viento liberador arrastró toda sombra de duda, dejando sobre Cuenca una brillante luna ya menguante con el deseado manto de estrellas que alejaba toda amenaza de precipitaciones. La procesión podía salir.

Y la procesión salió, puntual, a las cinco y media de la mañana, para mostrar la venerada imagen de Nuestro Padre Jesús Nazareno de El Salvador a los ojos de la turba y también de los corazones nazarenos de la ciudad. Se abrieron las puertas de Zapata, y el reencuentro quedó para la historia de la ciudad y para las lágrimas de muchos de los presentes, incluso de aquéllos aún en esos momentos, sentían cierto resquemor de heridas no cerradas.

La noche era propicia, y los turbos, más de tres mil acreditados, habían aceptado las medidas de organización con las quejas correspondientes, especialmente cuando el acceso a la Plaza de El Salvador había quedado ya cerrado, y una segunda barrera mantenía el área de seguridad para el primer empujón.

En el interior de la iglesia de El Salvador reinaban la alegría y la preocupación, como es lógico, y la presencia de Javier Caruda, presidente de la Junta de Cofradías, junto al representante de turno, Rafael Pérez, así como la de delegado diocesano, José Javier

Muñoz así lo certificaban. El sonido de los palillos contra las puertas no era el de otros años, pero la clarinada al hacer su aparición el paso se coló hasta el último rincón de la iglesia.

José Luis Espejo y Jesús Ortega Conversa, eran los hermanos mayores del Jesús este año, y la hermandad inició su desfile con un paso lento, filas en orden y muchas ganas de marcar su intención de hacer valer el carácter penitencial y sobrio que la Junta de Diputación ha venido defendiendo y exigiendo poder cumplir. Ni capuces levantados, ni baile de pasos, ni confianza con la turba. Y ritmo lento, la procesión inició el descenso, bajo el ritmo frenético de los tambores conquenses, "las clarinás a la que gira y a la que se levanta", y mucha conciencia en las turbas.

Salieron a continuación San Juan y La Soledad, con bastante distancia entre pasos a causa de unas filas más largas que de costumbre. Lo suficientemente largas como para que los redobles no impidieran escuchar con claridad la marcha de Cabañas, ni para romper el silencio que reinó durante todo el trayecto al paso de la Virgen.

Algunos clarines "se emboscaron" tras el público para saludar "al guapo", y cuando El Jesús se perdía por la calle de Las Torres, y era evidente que el paso no sería bailado en ningún momento -modo amistoso de responder, desde la Hermandad, al esfuerzo de las turbas-, algunos turbos pidieron, desde el público, que fuera bailado el San Juan. Y los banceros respondieron con un breve alante y atrás, en señal de alivio por lo que se estaba viviendo en esos primeros tramos. Pero el orden no garantizaba una marcha

rápida, y una hora después de abiertas las puertas, todavía no se veía a la Virgen de la Soledad desde la Puerta de Valencia.

La herrería

A esa hora, con la llegada del guión de la Virgen de los Herreros a la puerta de la herrería de Pedro Navalón y Alejandro Martínez, sonó de nuevo la música de los yunques arrancada por seis hermanos nazarenos a la luz de la fragua. Un esfuerzo que este año fue prolongado, ante la lentitud del desfile y que, precisamente por eso, dio lugar a uno de los momentos más intensos y bellos de esta Semana Santa, especialmente cuando el ritmo de los herreros se acompañaba a las notas del motete a la Virgen.

Eran ya la siete menos veinte cuando la presidencia, que ostentaba el concejal José Luis Chamón, cruzaba por este punto, y la temperatura bajaba bruscamente a dos grados bajo cero en Carretería. Amanecía con cielo raso, y se adivinaban imágenes espectaculares en cuanto el sol comenzara a arrancar destellos a las imágenes.

Poco a poco, la ciudad se iba dando cuenta de que el reencuentro de la Semana Santa con la imagen de Nuestro Padre Jesús de El Salvador estaba resultando espectacular. En las curvas de la Audiencia, miles de turbos hacían sonar los tambores a un solo ritmo, y bajaban hasta rozar el silencio para que los clarines avisaran destemplados que las imágenes doblaban, que los Pasos avanzaban. En este punto, cuando el amanecer iluminaba el Cerro de la Majestad y el Calvario allí instalado, con una luz directa que parecía querer señalar el punto de fatal destino, el servicio de orden tuvo que traba-

jar para allanar las curvas, dejando que varias decenas de clarines se apostaran al pie del Jesús y le ofrecieran la mejor y más sentida "clarinada" de los últimos años.

Perdidos ya los tambores por Andrés de Cabrera y Alfonso VIII, la perfecta procesión progresaba por este punto, y el San Juan sonaba alto y claro para que el paso particular de los banceros de esta Hermandad, cuyos hermanos mayores eran José Ramón Benito Martínez y su hijo, David Benito, superara ambas curvas con soltura.

Los dos pasos de La Soledad desfilaban acompañados de decenas de hermanos y del respeto general ante el dolor de la madre. La burla y el estruendo quedaban lejos, y el drama de la Pasión asomaba ya hacia el descanso en la Plaza Mayor, donde un amago de los banceros de bailar los pasos fue aplaudido por los turbos, aunque sólo quedó en amago.

San Juan sí que entró bailando, entre el estruendo de la turba, que volvió a guardar silencio ante la llegada de La Soledad, que en esta ocasión llevaba a José Luis Torralba y Ángel Carralero como Hermanos Mayores.

Miserere y regreso

En el descanso, rotas las filas y mezclados turbos, nazarenos y público, era inevitable que algunos turbos y algunos hermanos del Jesús cambiaran impresiones, dos años después de la madrugada triste, y en algún momento, corrió el desánimo ante lo que parecía un retorno al clima anterior. Pero bien podemos rendir homenaje a los capataces y al servio de orden, que se emplearon a fondo para cumplir con el compromiso, y cuando fue preciso empujar, sobre todo a esos turbos que entendían como desprecio el que el paso no fuera bailado, empujaron sin contemplaciones.

Impresionante de nuevo el miserere en los Oblatos -escaleras de San Felipe Neri para los puristas-, y nuevo desconcierto cuando en vez de ser levantado el Paso inmediatamente, la Hermandad se tomó un respiro... El día avanzaba, el sol ofrecía una mañana plena de luz que permitía adivinar una increíble procesión de mediodía, y el retraso en la llegada se convertía en certeza.

La turba espera en El Salvador, llenaba las calles de El Peso y Solera, o se iba disgregando después del miserere. Pasada la una del mediodía, Jesús Nazareno asomaba por el mar de cabezas, capuces y palillos alzados, y tampoco fue bailado. El Encuentro, lo mismo, y la protesta de los turbos se materializó en forma de grito unánime. Llegó San Juan, y su entrada levantó el ánimo de la turba, que gritaron "San Juan, San Juan" a pleno pulmón, y aplaudieron como último acto antes de acallar sus tambores y clarines: llegaba La Soledad.

Según Lucio Mochales, alguien lanzó un palillo al Jesús. En la calle, como la siguiente procesión ya venía de camino, el cordón de seguridad tuvo que volver a trabajar a fondo para que los turbos no descendieron por la Cuesta de San Vicente y Alonso de Ojeda. Los nazarenos también tuvieron que entrar por la iglesia y salir por la sacristía, con lo que hubo problemas de circulación en el interior del templo.

Problemas menores, estos últimos que no pueden empañar este histórico amanecer conquense.